

JUEVES 11 DE DICIEMBRE DE 1913



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

ENTRADA SOLEMNE

DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

DOCTOR DON JULIAN DE DIEGO Y GARCIA ALCOLEA

EN LA CAPITAL DE SU DIÓCESIS

A la hora anunciada salió el día 5 de Zamora con dirección a Alba de Tormes el nuevo Sr. Obispo.

La Compañía de la línea del Oeste había puesto amablemente a su disposición el salón de la Dirección.

Venían con el Prelado su hermano, el Sr. Chantre de Zamora; el Canónigo y Provisor de Valladolid, D. Carlos Cos; el Arcipreste y Secretario de Cámara de aquella archidiócesis, D. Andrés Herrador; y su capellán y sobrino, D. José María López de Diego; el Gobernador eclesiástico, Sr. Andrés Calvo, y el Magistral, Sr. Pereira, quienes, con los señores Arquitecto provincial D. Joaquín de Vargas, D. Jesús Firmat, D. Jacinto y D. Angel Vázquez de Parga, le acompañaron hasta la estación de Salamanca.

A las estaciones del tránsito acudieron a saludar al señor Obispo comisiones de los pueblos cercanos, siendo recibidas afablemente por el Sr. Obispo, a quien se dieron numerosos y entusiastas vivas.

A las cuatro menos cuarto el tren entró en agujas en nuestra estación.

Un gentío numerosísimo, en el que se veían distinguidas damas, llenaba los andenes, esperando al Prelado.

Allí vimos, entre otros, al Gobernador civil, Sr. Vizconde de San Javier; al Secretario del Gobierno civil, D. Enrique Mhartín Guis; al Delegado de Hacienda, D. Toribio de Laserna; a los Sres. D. Juan y D. José María Lamamié de Clairac; D. Luis Rodríguez Miguel; exdiputado provincial por Alba de Tormes, Sr. Pascua; D. Florencio Marcos Martín, por el Círculo de Obreros; D. Jerónimo Cid, D. Antonio Palomeque, D. Cándido García Barrado, Fiscal municipal, D. Domingo García Sánchez; D. Fernando Iscar Peyra, D. Andrés Pérez Cardenal, D. Miguel Royo, D. Angel Benito Paradinas, D. Paulino Sierra, D. Guzmán Buxaderas; inspector de primera enseñanza, D. Filemón Blázquez; don Julián Rodríguez, D. Aurelio Torrens, D. José García Revillo, D. Antonio García, D. Federico Hoyos, D. Juan Montero, D. Augusto Abarca, los Sres. Ballesteros, Blanco, Nava y Martín, los profesores del Seminario D. Fernando Peña y D. Carlos del Brío, comisiones de PP. Agustinos y Carmelitas y numerosos sacerdotes de la capital.

Durante los treinta minutos que el tren se detuvo, el señor Obispo bajó al andén, efectuándose las presentaciones oficiales.

El Prelado conversó muy afablemente con las personas que le rodeaban, captándose desde los primeros momentos, generales simpatías y dejando agradable impresión en todos por su amable trato.

Por este motivo, cuando a las cuatro y 20 minutos arrancó el tren para Alba, los vivas y aplausos entusiastas se sucedieron sin interrupción, despidiéndose el Sr. Obispo de los concurrentes, enviándoles su bendición.

Los Sres. Calvo Andrés y Pereira, quedaron en Salamanca, y desde esta estación acompañaron al Prelado hasta Alba los Capitulares Sres. D. Eloíno Nacar y D. Manuel García Boiza y los Beneficiados D. Severino Fernández Vega y D. Marcelino Villalba y algunos seglares salmantinos.

En Arapiles saludaron al Sr. Obispo el Párroco, D. Joaquín Walls Domenech, con el Sr. Cura párroco de las Torres; el Alcalde de Arapiles, D. Manuel Sánchez, con una comisión de concejales; el médico, D. Matías Mediano y el maestro D. Angel Ramírez, con los niños de las escuelas,

precedidos de estandarte, y muchos vecinos, quienes vitorearon al Sr. Obispo, siendo por éste bendecidos.

A las cinco y media, antes de llegar a la estación, paró el tren en el sitio denominado el Puente de Hierro, donde descendieron el Sr. Obispo y sus acompañantes, caminando a pie hasta la villa ducal.

Al apearse del tren, un enorme gentío, que esperábale, prorrumpió en atronadores vivas.

Al frente estaban las autoridades de Alba, siéndoles presentados al Sr. Obispo los Sres. Párroco, D. Matías Monzón; Coadjutor, D. Ignacio Hernández; Capellanes, D. Wenceslao Vivas, D. Antonio López, D. José Manuel Díez, don Leopoldo Martín, D. Rodrigo Laynez, D. Salvador Rodríguez y D. Heliodoro Gutiérrez; los Sres. Curas párrocos de Anaya de Alba, Terradillos, Ejeme, Galisancho y otros; el Alcalde accidental D. Emilio Clavijo, con los concejales don Miguel Perlines, D. Pedro Redondo, D. Manuel Alayo y don Bernabé Reyes: el teniente de la Guardia civil Sr. Benito, una comisión de PP. Carmelitas del convento de Alba y otras muchas distinguidas personalidades.

Todo el camino, desde la vía hasta la entrada del pueblo, en la plazuela de las Infantas, parecía un hormiguero de gente, que no cesaba un momento de dar vivas entusiasmadas al Prelado.

Pero donde el entusiasmo rayó en delirio fué al llegar a dicha plazuela. En ella era imposible de todo punto el dar un solo paso. Todo el pueblo de Alba sin excepción y muchos vecinos de los pueblos comarcanos, se habían congregado allí, tributando al Sr. Obispo un recibimiento grandioso.

Los vivas y los aplausos no cesaban un momento y la gente se agolpaba a fin de ver bien al virtuoso Prelado salmantino.

Este, emocionado, bendecía a todos y a todos dirigía amables sonrisas de agradecimiento por el grandioso recibimiento que se le dispensaba.

Allí había comisiones de las Teresianas, de las Siervas de San José y de las Hermanas de la Caridad, todas las distinguidas señoras y señoritas albenses, y, en una palabra, todo el vecindario de Alba, pues difícilmente se podía encontrar un solo vecino que hubiera dejado de concurrir al recibimiento, habiendo el comercio cerrado sus puertas en dicha hora.

Las campanas de todas las iglesias de Alba no cesaron de repicar desde que el tren llegó a Alba, y con sus alegres sonos acompañaban al Sr. Obispo en marcha triunfal.

Precedido de la banda municipal, rodeado de las principales personalidades de la villa y seguido del pueblo, se dirigió por la calle de la Marquesa de Squilache, Arco y Plaza Mayor, hasta la iglesia de San Juan Bautista, que lucía en su fachada banderolas y gallardetes y espléndida iluminación a la veneciana.

Grandes esfuerzos costó acallar los continuados vivas que se tributaban al Sr. Obispo, hasta que al fin se pudo restablecer el silencio.

El Sr. Obispo oró breves momentos y a continuación se rezó el rosario y la novena a la Virgen, que allí se celebraba.

Acabada ésta, se dirigió el pastor de la diócesis salmantina a la casa parroquial, donde se hospedó, seguido siempre de los albenses.

Después de descansar un poco recibió a todas las comisiones y entidades de la villa, conversando con ellas afabilísimamente durante largo rato.

El recibimiento que Alba dispuso al nuevo Obispo salmantino, no pudo ser más grandioso, y en él pusieron los albenses todo su cariño y todo su entusiasmo, para que su llegada a la villa ducal dejara impresión impercedera en el alma del sabio Prelado.

El Sr. Obispo celebró al día siguiente el santo sacrificio de la misa en la iglesia de las madres Carmelitas. Al acto asistió el clero de la villa, los religiosos Carmelitas y puede decirse que todos los habitantes de Alba de Tormes.

Numerosísimos fieles se acercaron a la Mesa Eucarística, recibiendo de manos del Sr. Obispo el Pan de los Angeles.

Terminado el santo sacrificio, y después de la acción de gracias, el Rvdmo. Sr. Obispo veneró las reliquias de la santa castellana, firmó en el álbum y salió del templo para visitar las obras de la Basílica.

Con gran minuciosidad y visible interés se informó el Prelado del estado en que actualmente se hallan, de la fecha de suspensión de los trabajos y sus causas, de los fondos y recursos con los que para continuarlas se cuenta y de cuanto pudiera ser conveniente para que el templo teresiano reciba creciente impulso que le lleve a feliz coronamiento y término.

Por la tarde, después de recibir la visita del Sr. Alcalde accidental de Salamanca, visitó el Colegio de Siervas de San José; y por la noche, en la iglesia de San Juan, dirigió S. E. su autorizadísima palabra a los fieles que llenaban el templo.

Al día siguiente, celebrado el santo sacrificio de la misa, salió para nuestra ciudad en el tren de las nueve.

* * *

Animación extraordinaria notábase ya en nuestra ciudad desde las primeras horas de la mañana del domingo 7, viéndose circular por las calles del trayecto que había de recorrer la comitiva innumerables personas, y apareciendo la mayoría de los balcones de los edificios con magníficas colgaduras, señal de que el vecindario salmantino se preparaba a recibir dignamente a su nuevo Obispo.

Algunos densos nubarrones que oscurecían la mañana parecían amenazar con deslucir el acto, pero bien pronto desaparecieron en el horizonte, dando paso a un sol radiante y benéfico que contribuyó a hacer más brillante el recibimiento.

De los pueblos cercanos habían acudido gran número de personas deseosas de presenciar la entrada del nuevo Prelado.

A las nueve la gente comenzó a encaminarse a la estación, y a tomar posiciones con objeto de no perder detalle de la entrada colocándose en los sitios que juzgaban más a propósito para presenciar a sus anchas el paso de la comitiva.

Especialmente en la Catedral, plaza Mayor, iglesia de San Juan de Sahagún, paseo de la estación y andén de ésta el público era numerosísimo.

A la estación iban llegando los coches y automóviles que conducían a las autoridades, corporaciones, comisiones y personajes distinguidos, formando una cola interminable a la entrada de la estación en el sitio destinado a la espera de carruajes.

Desde las nueve de la mañana en los andenes de la estación se veía numeroso gentío que esperaba impacientemente la llegada del tren.

Allí acudieron el gobernador civil, Sr. Vizconde de San Javier; el gobernador eclesiástico, D. Ceferino Andrés Calvo; el alcalde accidental, Sr. López Cabezas, con los concejales Sres. Ceballos, Maldonado, Mayorga, Pérez Criado,

Díez Ambrosio, Santos Baz, Durán, García y García, Cabanillas y el secretario Sr. Girón Severini, precedidos de cuatro maceros del Ayuntamiento; el señor presidente de la Audiencia, D. Antonio Santiuste; el magistrado, Sr. Vida; los diputados provinciales D. Antonio Díez González y don Manuel Sánchez García, con el secretario D. Evaristo Díez; el inspector provincial de Sanidad, D. Celestino M. de Argenta; el delegado de Hacienda, D. Toribio de La Serna, con el interventor, D. Carlos Barrio; el rector de la Universidad, Sr. Unamuno, con los catedráticos, Sres. Rodríguez Miguel, Meneu, Calzada, Bernis, Apraiz, Sesé, García Revillo y García Boiza; el juez de instrucción, D. Francisco N. Rueda; el juez municipal, D. César Real; el director del Instituto, D. Mariano Reymundo y el catedrático Sr. Berrueta; el director de la Normal de Maestros, D. Luis Pérez Allú y el profesor Sr. Llopis; el secretario del Gobierno civil, señor Mhartín Guix; el inspector de primera enseñanza, D. Filemón Blázquez Castro; el administrador de Correos, D. Jacinto Acosta Blanco; el director de Telégrafos, Sr. Calama, y el oficial D. Jorge Hernández; el ingeniero de minas, don Emilio Jiménez; el arquitecto provincial, Sr. Vargas; el director del Banco de España, D. Felix Plaza, y el subdirector de la cárcel, Sr. Gómez Ferrer; el coronel de Albuera y comandante militar de la plaza, Sr. Cabezas; el teniente coronel, Sr. Gorrindo; los comandantes Sres. Cáceres y Perote; los capitanes Sres. Pérez Lucas, Vázquez, España, Rodríguez y Gómez, los tenientes Sres. Barroso, Martín y Reyes, y el capellán Sr. Lucas; el comisario de Guerra, señor Caja; el coronel de la zona, D. Pablo Rodríguez, con el teniente coronel, D. Eduardo Muñoz; los comandantes, don Dionisio Aguado, D. Cayetano Enríquez, D. Manuel Calvo; los capitanes, D. Lucas Santos, D. Gaspar Villaverde, don Gervasio Alonso; el primer teniente, D. Luciano López, y el segundo teniente, D. Rufino Garzón; el oficial de Administración militar, Sr. Romeo; el comandante mayor de la Guardia civil, D. Francisco Márquez Sánchez, con el comandante D. Juan Núñez y el capitán Sr. Yaque; el senador por la provincia, D. Luis Maldonado; el señor Marqués de Llen; D. José Bustos, D. Jacinto y D. Angel Vázquez de Parga; D. Víctor Nó; el rector del Seminario, D. Patricio Pereña, con los profesores D. Fernando Peñã, D. Santiago Prast y D. Antonio Blázquez Durán; el rector del colegio de San Ambrosio, D. José Manuel Bartolomé, con una comisión de alumnos; el rector y vicerrector del colegio de No-

bles Irlandeses; D. Enrique Esperabé, por los caballeros 24; D. Florencio Marcos Martín, D. José Centeno, D. Quintín Alonso y D. Martín Sánchez Rodríguez, por el Círculo de Obreros; los notarios Sres. Prada y Firmat, D. Rafael Cuesta, D. Vicente Junquera, D. Andrés Pérez Cardenal, don Emigdio de la Riva, D. Francisco de la Concha Alcalde, D. Lorenzo Aniceto, D. Matías Blanco, D. Carlos García Ceballos, D. Manuel Benítez, D. Francisco Téllez, D. Arturo Díez, D. Ricardo Niño; el sobrestante de Obras públicas, Sr. Reymundo; el Apostolado de la Oración, representado por el director Rdo. P. Montoya; el presidente, don Juan Lamamié de Clairac, y los Sres. López, Huebra y Cuesta; el notario eclesiástico Sr. Sánchez Gallego; el señor Aparicio y la Prensa local.

En el andén esperaban también el director de la línea M. S. monsieur Louís, Sres. Curas párrocos de la capital, numerosos sacerdotes, una comisión de seminaristas, comisiones de los Jesuitas, Agustinos, Dominicos, Carmelitas y Capuchinos de las asociaciones, cofradías e instituciones religiosas; la sociedad gimnasta de los Salesianos, con su bandera, y la compañía de D. Bosco.

Los alumnos de la escuela militar, uniformados a lo largo del andén con la bandera al frente y una sección de ciclistas ofrecían un espectáculo altamente simpático, están bajo la dirección del profesor teniente D. Agustín Sánchez.

A las diez entraba el tren en agujas.

La clave de campanas de la Catedral, anunció la entrada del tren, siguiendo el repique en las demás iglesias de la población.

La banda de El 1.º de Mayo entonó la *Marcha Real* y los alumnos de la escuela militar rinden honores.

Los vivas y aplausos se sucedieron sin interrupción hasta el momento de parar el tren.

En cuanto éste se detuvo, el Sr. Obispo asomóse a la ventanilla y saludó benévolamente a todos, dando su bendición.

Venían acompañándole desde Alba, los Sres. Provisor y canónigo de Valladolid D. Carlos Cos, el arcipreste y secretario de Cámara, D. Andrés Herrador y el canónigo y fiscal eclesiástico también de aquella archidiócesis D. Lorenzo Rodríguez; su hermano el Sr. Chantre de Zamora, su sobrino D. José María López de Diego; los Sres. Lectoral y

Magistral de Astorga D. Emilio González Vila y D. Enrique Vázquez Camarasa; una comisión de PP. Carmelitas de la villa ducal, el párroco de Alba, D. Matías Monzón y la comisión del cabildo de esta Catedral Sres. D. Eloino Nacar, D. Manuel García Boiza, canónigos, y D. Severino Fernández Vega y D. Marcelino Villalba, beneficiados.

Los viajeros traían muy agradables impresiones de la despedida verdaderamente grandiosa que Alba les había hecho, habiendo salido todo el pueblo en masa al puente a despedir al prelado.

Al bajar del tren el Sr. Obispo, se acercaron el Sr. Vizconde de San Javier y D. Ceferino Andrés Calvo, los cuales fueron presentando a las demás autoridades y representaciones, cruzándose afectuosos saludos.

Después, en medio de entusiastas vivas, a los cuales contesta con benevolencia, S. E. revista a los alumnos de la escuela militar, alabando su correcta formación y admirable presentación.

Después de un descanso de breves minutos en la sala de espera, durante el que se hicieron las presentaciones oficiales, organizóse la comitiva, para hacer la entrada en la ciudad.

El Sr. Obispo ocupó el carruaje del Ayuntamiento con el alcalde accidental Sr. López Cabezas, y se pone en marcha la comitiva en la forma siguiente:

Al carruaje, ocupado por el Prelado, precedió un piquete de la Guardia civil a caballo, el coche del Sr. Gobernador civil y un carruaje con los maceros del Ayuntamiento. Sigue a aquél un coche ocupado por los Concejales, y a continuación los demás carruajes, en número de más de 40, entre coches y automóviles.

Cierran la comitiva los alumnos de la escuela militar.

La marcha es verdaderamente brillante, estando ocupado el camino de la estación por un gran número de personas que aclamaban continuamente al Prelado, siguiéndole a su paso.

Fuerzas de la guardia de seguridad, municipal y agentes de vigilancia, con sus sus jefes al frente, contenía a la multitud que se agolpaba con objeto de ver al nuevo Obispo.

A la puerta de la iglesia de San Juan de Sahagún, un enorme gentío llenaba toda la calle de Toro, impidiendo el paso.

Cuando llegó la comitiva nuevamente resonó la ovación estruendosa y los vítores se sucedían sin interrupción.

En el pórtico de la iglesia esperaban el Cabildo, revestido de capa pluvial, con el Sr. Arcipreste a la cabeza, los párrocos de la ciudad vestidos de sobrepelliz, los congregantes de San Luis Gonzaga y San Estanislao, la Adoración nocturna y demás congregaciones y cofradías.

El Sr. Obispo penetró en la iglesia, besando antes el *Lignum crucis*, y a costa de grandes esfuerzos, pues la multitud que llenaba el templo impedía andar, llegó al altar mayor, revistiéndose con los ornamentos pontificales.

Difícilmente se pudo hacer despejar un poco y se organizó la procesión que había de dirigirse a la Catedral.

Abrió marcha un piquete de la Guardia civil, al que seguía una sección de Guardias municipales, la cruz alzada de la Catedral, los niños de la escuela de San José, la sociedad de Sport y niños de las escuelas de los Salesianos, el Círculo obrero y la Adoración nocturna, con sus respectivas banderas; los niños de las escuelas de San Juan de Barbalos y de las de la capital, niños Tarsicianos del Carmen y de la Purísima, Congregación de Estanislao, Luises y jóvenes de nuestra ciudad, Hermandad de la Soledad, Congregaciones de San José, Jesús Nazareno, Jesús Rescatado y Santísimo Cristo de los Milagros, Congregación de las Conferencias, Caballeros XXIV, Terceras Ordenes del Carmen, Santo Domingo y San Francisco, Seminario Pontificio, Nobles Irlandeses, Clero regular y parroquial, Capitulares de San Marcos, Beneficiados de la Catedral, Ilustrísimo Cabildo. Seguía el ilustrísimo Prelado bajo palio, precedido por los maceros del Ayuntamiento, y el cual fué llevado, hasta el teatro Liceo, por los concejales Sres. Ceballos, Pérez Criado, Santos Baz, Maldonado, Cabanillas, Mayorga, García y García y el Secretario Sr. Girón Severini.

Desde este punto hasta la Plaza Mayor, tomaron el palio los alumnos del Seminario, durante el tránsito por la monumental plaza, volvieron a llevarle los antedichos concejales y al desembocar en la plaza del poeta Iglesias, tornaron a conducir los seminaristas hasta la Universidad, que les reemplazaron los Doctores de este claustro universitario señores Calzada, Vázquez de Parga (D. A.), Bustos, García Revillo, Sesé, Meneu. Nó (D. E.) y Apraiz.

Como ministros de honor iban con el Sr. Obispo el Ar-

cipreste D. Valentín Domínguez, los Capitulares Sres. Campoamor, Arcediano, y García Alcalde, Chantre.

Detrás del Prelado iban las autoridades, corporaciones y entidades, cerrando la marcha los alumnos de la Escuela militar.

La Escuela con su sección ciclista, admirablemente presentada, la escuadra de gastadores, la bandera con su escolta, luciendo sus alumnos los bonitos uniformes de invierno llamó la atención ofreciendo brillantísimo aspecto.

Durante la marcha de la procesión la gente invadía las calles de Toro, Plaza Mayor, Navío, García Barrado y Anaya, afanosa de ver al Rmo. Prelado.

Todas las casas del trayecto aparecían engalanadas y en los balcones presenciaban el paso de la comitiva muchas y distinguidas señoras y señoritas.

La animación era extraordinaria, oyéndose numerosos vivas entusiastas al nuevo Obispo y a Salamanca católica.

A las doce entraba S. E. en la Catedral.

El Sr. Arcipreste, como Presidente accidental del Cabildo, se adelantó a recibirle y presentó al Sr. Obispo la Cruz para que la besase, recibiendo el agua bendita y el incienso de rúbrica.

Inmediatamente, después el Prelado se dirigió a la Virgen del Trascoro, donde prestó el juramento que disponen los estatutos.

El Obispo, siempre bajo palio, se dirigió a la capilla mayor y después de rezar una oración en la primera grada del altar, subió al presbiterio, y entonóse el *Te Deum*.

Cantado solemnemente que fué este hermoso himno religioso por la capilla de música de la Catedral, y rezadas las demás preces del ritual, S. E. dió a besar el anillo pastoral y abrazó a los miembros del Cabildo Catedral.

Acabadas estas ceremonias, el Prelado dirigió la palabra a los concurrentes.

El Sr. Obispo, revestido de los ornamentos episcopales, se adelanta hasta la primera grada del presbiterio y visiblemente emocionado dirige su palabra a las autoridades y al pueblo, diciéndoles:

Vengo a vosotros en nombre de Dios. Ninguna autoridad de la tierra me envía; si yo viniese en nombre de alguna autoridad terrena, ostentaría los signos de la fuerza, pero como vengo en nombre de Dios Nuestro Señor, traigo

sobre mi pecho la cruz, imagen de aquella en la que Nuestro Señor Jesucristo derramó su sangre por la redención del género humano.

Esta cruz me recuerda continuamente el sacrificio de mi Redentor, y ese recuerdo me obliga a estar constantemente dispuesto a sacrificarme por la salvación de vuestras almas, aunque para ello sea preciso ofrecer en holocausto mi vida.

También me presento ante vosotros con el báculo en la mano, que es el signo del Pastor, y el Pastor tiene el deber de estar siempre vigilante, para que los enemigos de sus ovejas no causen daño alguno en el rebaño.

A las autoridades civiles y militares se les entregan las armas de la fuerza para que contengan los desmanes de los enemigos de la sociedad; yo las armas que ostento son las del amor.

He de procurar llevar la verdad a vuestras inteligencias y la paz a vuestras almas, amándoos como padre que desea el bien de sus hijos, los buenos y los malos.

A los primeros para alentarlos en el camino del bien, y a los malos para procurar, por todos los medios que estén a mi alcance, su salvación.

Mi mayor felicidad y mi dicha será que en el último día de mi vida pueda yo decir a mi Dios y Redentor: «Señor, todos los que habéis confiado a mi custodia, ahí los tenéis, ni uno solo se ha perdido».

Para cumplir misión tan alta y divina, necesito el auxilio de todos, el de las dignísimas autoridades que están aquí presentes y las oraciones de este pueblo fiel, que con tanto entusiasmo ha recibido a su Prelado, no por lo que mi persona significa, sino porque soy el representante de Jesucristo en esta diócesis.

Este homenaje lo recojo gustoso para ponerlo en el arca santa ante Jesús Sacramentado, que es El que nos ha de ayudar a todos para cumplir los deberes de esta vida y nos dará por galardón la eterna, que a todos os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

* * *

El Sr. Obispo fué luego a rezar ante la imagen del Cristo de las Batallas, y enseguida se retiró a Palacio, acompañado del Cabildo Catedral y de las autoridades, de quienes se despidió en el salón de recepciones, dándoles a besar el anillo pastoral.

Hasta la puerta del palacio le siguió el público, que no cesó de vitorearle.

¡Sea bien venido el bondadoso y celosísimo Padre que el cielo nos ha enviado! ¡Que el Señor le ilumine y derrame sobre él la abundancia de sus gracias y carismas, para que rija y gobierne con acierto esta porción escogida de la grey de Jesucristo confiada a su vigilancia pastoral!

NOMBRAMIENTOS

Nuestro Excmo. y Rmo. Sr. Obispo se ha servido nombrar Provisor y Vicario general al M. I. Sr. Dr. D. Ceferino Andrés Calvo, Doctoral de esta Santa Basílica Catedral, y Secretario de Cámara y Gobierno al M. I. Sr. Dr. D. Agustín Parrado, Canónigo Penitenciario de Astorga.

Reciban nuestra más sincera y cordial enhorabuena.

